



La patria por dentro

Christos Yannaras^{1*}

Huellas

Rastreo mi persona en la lengua. No se me ha otorgado otra manera. No sé estampar la diversidad ni con sonidos ni con colores. Me quedaba modelar el magma más deslavazado: la lengua.

Me traiciona la lengua, en cada frase. Con mucho esfuerzo disciplino mi pensamiento, asistente de mis ideas. Mi persona es imposible reflejarla en palabras y en la redacción, en el "estilo". Envidio a Cavafis al que le fue otorgado este reflejo. Bastan dos o tres versos suyos y dices: "Es Cavafis".

Está -¿dónde está Cavafis?- la diversidad cincelada en la lengua, ¿a dónde remite? De ahí el inseparable dónde, el después de la muerte, toda la angustia y el esfuerzo de la vida. Si escurres mi esfuerzo -algunos miles de páginas impresas (desesperada súplica de comunión amorosa), interminables horas de lenguaje oral- quedará un único deseo: El momento de mi último aliento de huir, con el anhelo de que vuelvo a la patria. Con la loca palpitación de una espera amorosa. Sólo eso.

Detrás de mí, ¿qué queda? Lo más esencial en la vida mide lo que le sigue. Aunque esté cincelado en la lengua, mi cara es huella, no es presencia. La presencia tiene duración en el amor, no en la lengua. Naturaleza y lengua se estremecen con pánico ante lo indisoluble. Tan sólo el sabor de la correspondencia amorosa vence el miedo a la muerte.

Huellas de amor, sí, quisiera que me siguieran. Aunque fueran tan débiles como los sentimientos de aquellos que "aman" a Cavafis. Pero no quiero amor sentimental para mis huellas. Quiero que las descifren cuantos sigan queriéndome, balbuceando orientación hacia el amor. El único camino de "salvación".

Patria

Indisoluble calidez de familiaridad, huella del más allá. Relaciones de inmediatez, entrañable proximidad, vínculos y amistades, queridos difuntos: Patria. Imágenes, sonidos, sabores, sensaciones del tacto,

costumbres de cotidianeidad. Todo llegado de muy lejos, estalactitas de experiencia acumulada durante siglos.

Me tocó en suerte una embrutecida ciudad de nacimiento. Lepra de cemento sobre una tierra muy ensalzada. Fealdad, suciedad agobiante, humo negro pegado por doquier: en las lamentables fachadas de los antiestéticos edificios, en las floritu-

SI ESCURRES MI ESFUERZO -ALGUNOS MILES DE PÁGINAS IMPRESAS (DESESPERADA SÚPLICA DE COMUNIÓN AMOROSA) INTERMINABLES HORAS DE LENGUAJE ORAL- QUEDARÁ UN ÚNICO DESEO: EL MOMENTO DE MI ÚLTIMO ALIENTO DE HUIR, CON EL ANHELO DE QUE VUELVO A LA PATRIA

ras del aldeano neoclasicismo de reventa, en los míseros arbolitos del raquíctico activismo de los alcaldes. Edificaciones sobreelevadas de manera paranoica en calles estrechas, pasillos de cárcel con murallas elevadísimas. Ruido por todas partes, innumerables monstruosos escarabajos metálicos sobre los putrefactos despojos de la ciudad. Atenas, el vandalismo más criminal en la historia.

Esto me ha sido dado, es mi familiaridad tangible. Aquí hay huellas de mi vida por todas partes. Continuidad de relaciones y tiernos recuerdos en fondo ya irregular e impropio. Infantiles guerras con piedras en la calle Fokíonos Negri, en la calle Eolu, de compras con la madre, la rana de piedra en la Plaza Ágamon que apenas cabía en mi regazo infantil, desfiles estudiantiles en el Parque de Ares, manifestaciones de estudiantes universitarios en la Plaza de Síndagma, la primera cita amorosa en la Puerta de Adriano, la primera conferencia en la Sociedad de Arqueología. ¿Qué intento decir? Cada esquina, cada manzana concentra recuerdos. Sensaciones imborrables realizan el cómputo del espacio, imá-

genes de personas queridas, presencias vivas a cada paso. Atenas, mi patria, patio de mi vida.

En los cien metros que andaré hoy, se dará el caso de que algunos me saluden, me granjearé amistosas sonrisas. Familiaridad de la tierra patria que se amplía: playas en las que he nadado, pinos con olor a resina que he respirado, arcilla roja, brezos con la lluvia, etéreas montañas a la puesta del sol, el tacto de la cal, el canto de las aguas al rozar los plátanos. Una tierra que abrazará tierna, familiarmente, mi cuerpo inerte, con algunas personas alrededor que llorarán por el final de la continuidad de las relaciones perceptibles.

GRECIA POR DENTRO

El Estado no es la patria. Ni la invención de "nación". La patria del trato sensible da sentido a la vida con el que se injerta en la carne común de la lengua, en la experiencia trasvasada que constituye la conciencia histórica.

Años infantiles, cuando la casa paterna, el abrazo materno, el colegio, el entorno familiar se centraban, obviamente, en la patria. Tesela a tesela, se conformaba el sentido. Con imágenes, esto es, con sentimientos, no con ideas. Cascos, lanzas y escudos, Cinégiro que coge el barco persa con los dientes, los estrechos de Salamina llenos de armazones hechos añicos: primeras savias de orgullo por la extenuación griega antigua, la nobleza del nombre griego. Alejandro Magno, el mítico valiente, espada que corta el nudo gordiano. El águila de doble cabeza, Santa Sofía, emperadores con vestiduras sacerdotales bordadas de oro, el fuego griego, el último paleólogo muerto en la Puerta de San Román. "Fustanelas" (faldas tradicionales de la guardia nacional griega), yataganes, la voz atronadora de Kolokotronis, Odiseas Andrutsos saltando por encima de tres caballos.

Compensación de imágenes de imaginación infantil con la vista de la blanquiazul, con la melodía del himno. La patria era una sensación corpórea de

¹Pronunciación fonética: "Jristos Yanarás"

escalofrío, como cada amor. La cantábamos en las serenatas: "Mi querida patria, mi amada patria, mi amor azul, Grecia dorada". Años difíciles, todos los años: ocupación alemana, hambre, guerra civil, muerte por todas partes, privación, propagandas, fanatismos, división venenosa. Las experiencias conscientes de la patria, todas ellas congoja, vergüenza, indignación. Los dirigentes don nadie, cómicos, el desarrollo irregular, la preocupación

primera, la palurda insaciabilidad.

Como con la indigencia de la ciudad natal. He tenido que conciliar el centralismo infantil en la patria con la experiencia cotidiana de la repugnancia a todo lo griego. Así nació la duda crítica, la fatigosa búsqueda: qué significa ser griego hoy en día, donde puede salvarse, en la tosca Grecia de nuestros días, una propuesta actual de civilización de alcance universal.

***Christos Yannaras.** Filósofo, profesor y escritor. Nació en Atenas, en 1935. Estudió en las universidades de Atenas, Bonn y la Sorbona (París). Ha impartido clases de Filosofía, Diplomacia Cultural y Ontología Comparada en Universidades de Francia, Suiza y Grecia. Ha escrito muchos libros, que han sido traducidos a varias lenguas. Es un especialista en temas de religión ortodoxa. Además escribe artículos de opinión en periódicos, sobre temas de política y sociedad.



falta epigrafe